



NO SEAMOS VENGATIVOS

Todos somos muy sensibles a lo que se hace con nosotros. Somos sensibles al aprecio o al desprecio. Nos afecta la gratitud o la ingratitud. Y es normal. Incluso vemos en el Evangelio cómo a Jesús le afectaba también. Cuando Judas le traiciona, le dice: "Judas, amigo, ¿con un beso me entregas?". O cuando curó a aquellos diez leprosos y sólo uno volvió a darle gracias, dice: "¿Y los otros nueve, dónde están?" Sí, también era sensible Jesús al aprecio o al desprecio.

Ahora bien, cualquiera de estas cosas, podemos aceptarlas de una forma o de otra, según sea nuestra humildad o nuestro amor propio.

A veces puede tratarse de ofensas reales que nos han hecho, de cosas que han dicho de nosotros. Otras veces, en cambio, sólo se trata de algo que hemos interpretado mal. Hemos visto mala intención donde no la había. Nuestro amor propio actúa, agranda las cosas, desata la imaginación.

¿No te gustaría tener un corazón grande y generoso, capaz de perdonar y olvidar? Sin duda es ésta la lección más maravillosa del Evangelio de Jesús. No ser vengativos. Saber perdonar las ofensas. Más aún, saber devolver bien por mal.

Dice Jesús: "Porque si sólo queréis a los que os quieren ¿qué hacéis de especial? Eso también saben hacerlo los paganos y los pecadores. Vosotros, en cambio..." Ahí está lo original del Evangelio.

Jesús, con sus palabras y con su ejemplo, nos enseñó, no sólo a no ser vengativos, sino a saber devolver bien por mal. Ahora bien, estos frutos sólo los produce el corazón humano con la gracia de Dios. Y a base de ejercicio. Ejercicio de virtud en las pequeñas o grandes oportunidades que nos va ofreciendo la vida casi a diario; la vida de familia, cualquier tipo de convivencia con los demás. Sin este ejercicio, lo que sale espontáneo es el resentimiento, el rencor, la venganza.

Habéis oído muchas veces a los niños, porque son muy espontáneos, diciéndose, cuando algo les ha sentado mal entre sí: "pues ya verás ahora, pues ya verás, ya me las pagarás..."

En los mayores no es extraño encontrar a veces resentimiento y rencor: entre personas, entre familias. Pues bien, ¿no podríamos hacer este ejercicio de saber olvidar, de saber perdonar, de saber dar el primer paso?

Decía S. Juan de la Cruz: "Dónde no hay amor pon amor y sacarás amor". Y añadía: "porque al final de esta vida seremos examinados de amor".

Estel Forja

LA HORA DE LA VIDA

En la cultura vietnamita hay un refrán que dice: «El nacimiento es una peregrinación, y la muerte, la vuelta a casa». Por eso, allí a los muertos se les sepulta de cara a la montaña, como si desde aquellas cumbres tuvieran que subir al cielo, como Jesús en el momento de su ascensión.

Jesús, con su vida, que culminó en la pasión y muerte, nos ha indicado el camino para subir al Cielo: fue el primero en recorrer el camino del Calvario. No escogió otros caminos para llevar a término su obra.

Venido a la tierra, curó a los enfermos, predicó la Buena Nueva, fundó la Iglesia, pero, sobre todo, vivió para su «hora», cuando, levantado en la cruz, atrajo a todos hacia él; en aquella «hora» realizó su obra. También nosotros, como Jesús, debemos vivir para nuestra «hora». Cada uno de nosotros tiene su «hora», por lo que es bueno vivir esperándola y ofrecer esa «hora» ya desde este momento por los fines que Dios nos ha confiado, aunque gocemos de todo el vigor de nuestras fuerzas físicas.

Es la «hora» más «hermosa», la «hora» de la vida, no tanto de la muerte; es el momento del encuentro con Jesús: lo veremos. Allí es donde nos espera, y con Él veremos a María, a quien tantas veces hemos invocado en la vida para que interceda por nosotros: «Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte».

EL MAYOR REGALO

Hace años, Lew Kraft, fabricante de quesos, acostumbraba a montar en su caballo, Paddy, para cabalgar de mercado en mercado con el fin de vender los productos, aunque, la verdad sea dicha, sin mucho éxito. Un día a pesar de su mala racha comercial, donde las deudas se amontonaban al mismo ritmo que descendían las ventas, Lew Kraft le dijo a Paddy:

-Hoy venderemos mercancía por valor de doscientos dólares.

Sin embargo, al llegar la tarde, Kraft contó las ganancias del día y comprobó que el total ascendía a 15,76 dólares: la peor cifra de ventas en toda su vida de comerciante.

-Lew -le dijo un amigo íntimo-, estás acabado y no lo quieres reconocer.

Pero Lew no estaba acabado. A pesar de sus fracasos, siguió adelante sin que la adversidad le descorazonase. Tan cierto de que llegó a ser propietario de una multinacional de fabricación de quesos con capital superior a los cien millones de dólares. Un año, en la tarjeta de Navidad con que felicitaba a sus empleados, escribió este mensaje: "El mayor regalo que he recibido es el sentido de superación ante los fracasos".

EL TALLISTA

Érase una vez un poderoso rey que tenía un rubí de incalculable valor. Pero con gran pesar comprobó un día que tenía una raya. ¡Qué desgracia! ¿Qué debía hacer?

Resuelto a solucionar el problema, el rey convocó a todos los joyeros de palacio para que vinieran a examinar aquella rayita y decidieran cómo arreglarlo. Pero todos los joyeros coincidieron en que el remedio sería peor que la enfermedad, y que era imposible corregir la raya sin hacer nuevos desperfectos.

El rey, desolado, ofreció una jugosa recompensa a aquel joyero que encontrara la forma de devolverle al rubí toda su belleza natural. Varios fueron los osados que, al principio, se ofrecieron para la faena, pero al final todos desistieron, pues era sencillamente un caso perdido.

Transcurridos varios días, uno de los sirvientes del rey le comentó que había oído hablar de un viejo joyero jubilado que vivía en un pueblo lejano y que tenía gran experiencia en reparar joyas defectuosas. Al oír esto el rey envió de inmediato a uno de sus criados a aquel hombre y pocos días después llegó a palacio un anciano encorvado y harapiento. Nada más verle, muchos de los cortesanos del rey se mostraron contrarios a que el viejo examinara el rubí, y enseguida le comentaron al rey que estaba perdiendo su tiempo al recibirle. Pero éste insistió en que el anciano echara un vistazo a la joya. Tras estudiarlo en detalle, el anciano le dijo al rey:

-No puedo repararlo, pero si lo deseáis, puedo hacerlo incluso más hermoso. El rey, un tanto escéptico, decidió dejar su rubí en manos de aquel hombre, pues era su última esperanza. Obtenido el consentimiento del rey, el joyero volvió a su casa y comenzó a trabajar la piedra, cortándola y limándola. Varios días después, se presentó en palacio y mostró al rey su rubí. Había tallado sobre la piedra una rosa preciosa, cuyo esbelto tallo lucía gracioso gracias a una serie de armoniosas rayas e incisiones.



DIOS CONVIERTE EL MAL EN BIEN, LA IMPERFECCIÓN CAUSADA POR LA DEBILIDAD DE LA LIBERTAD HUMANA EN UNA JOYA PRECIOSA. DIOS UTILIZA LAS DISONANCIAS PARA CREAR NUEVAS ARMONÍAS

EL SOMBRERO DE CUATRO COLORES

Una leyenda árabe cuenta que un día bajó Dios a la tierra disfrazado de mendigo. Al pasar por una aldea vio a un grupo de campesinos trabajando la tierra. Decidió entonces hacer un pequeño experimento. Para ello se puso un sombrero multicolor: rojo a un lado, blanco al otro, verde por delante y negro por detrás. Cuando los labradores volvían a sus hogares al atardecer, comentaban lo del viejo mendigo.

-¿Recordáis al anciano que paseaba por el campo con un sombrero blanco? -dijo uno de los campesinos.

Y un segundo campesino contestó:

-No, no te equivoques, era un sombrero rojo.

-Que no, hombre, que no -insistió el primero-, que te digo que era blanco.

-Sí, hombre, ni que estuviera ciego. ¿Qué crees? ¿Que no sé distinguir un sombrero blanco de uno rojo? -replicó el segundo.

-Pues, hijo, será que estás ciego -concluyó el primero.

-¡Ciego yo! Lo que me faltaba por oír. No tengo ningún problema con la vista, te lo aseguro. Será que estás borracho.

Y entonces intervino un tercer campesino:

-Los dos estáis ciegos. Ese anciano llevaba un sombrero verde.

-Pero bueno -dijo un cuarto campesino-, ¿os habéis vuelto todos locos? El sombrero era claramente negro. Negro como el carbón. Es evidente que estabais medio dormidos cuando le visteis pasar. Menudo trío de atontados...

Pues ahí no acabó la cosa. Los cuatro campesinos se enzarzaron en una violenta discusión y acabaron enemistándose. Y, la enemistad se prolongó muchos años de generación en generación: se formaron en aquella aldea cuatro bandos siempre enfrentados, cada uno representado por uno de los cuatro colores del sombrero.

Como los campesinos que sólo se fijaron en los colores del sombrero e ignoraron a quien lo llevaba, a menudo disputamos por las cosas accesorias de la vida y no nos percatamos de la presencia de Dios tras ellas.

TEMAS QUE NO INTERESAN

En la cultura budista, en Asia, se habla de cuatro etapas de la vida humana: nacimiento, ancianidad, enfermedad y muerte. En cada una de ellas hay sufrimiento, ineludible suerte humana que invoca salvación.

En general no se recuerdan de buen grado estos temas, como si se quisieran alejar de nuestra vida no pensando en ellos. Mas para el cristiano, cuya vocación es el amor, son ellos también amor, y, como cualquier otro momento de la vida, sea doloroso o alegre, se han de vivir en el amor y como amor.